

Frío, impersonal y distante

Antonio MELIC¹

¹ Avda. Radio Juventud, 6; 50012 ZARAGOZA.

El embarragador permite mejorar los rendimientos medios mínimos de un atomizador bipolar iónico siempre que las proturas nematócidas ondulares generadas por el platipodio del mismo hayan sido adecuadamente tratadas con glutamato p-2 y aquel sea de stroflex, material sin el cual, todo el proceso anterior carece de sentido y nos obligaría a plantearnos la cordura de una actitud como la nuestra: fría, impersonal y distante.

Frío, impersonal y distante es, básicamente, el rasgo común de todo artículo entomológico escrito en los últimos cinco lustros. Frío, impersonal y distante es un pre-requisito para publicar en revistas *bien vistas* y, por ello, frío, impersonal y distante es el conjunto de caracteres que debe soportar todo lector interesado en temas científicos, y da igual que sus inquietudes se orienten a éste o a aquel grupo taxonómico, o que la búsqueda intelectual pertenezca al ámbito de la fisiología, la sistemática o el apareamiento de los chinches de campo.

Corolarios:

1) Un artículo no se lee; si acaso, se consulta, se estudia o se desprecia. Un trabajo científico es un objeto intelectual eminentemente ilegible; un fragmento de literatura -en el sentido de cultura escrita- antiliterario (¡Dios mío, si Samuel Beckett levantara la cabeza después de la tabarra que nos dió con todos sus experimentos!). En este sentido, un artículo entomológico es perfectamente idéntico a una receta de cocina o a un prospecto farmacéutico (o a una obra de Beckett).

2) El autor no existe. Es una pieza instrumental, ligeramente necesaria, pero fundamentalmente secundaria o prescindible. Prueba: tómesese una revista cualquiera, tápense los nombres y solicítense a un lector aleatorio que determine el número de autores que participan en el volumen.

Los sujetos desaparecen como un fantasma cuando llega la luz del día.

3) Efectivamente, sin los nombres no quedan rasgos. Segado el estilo por las tiránicas normas de publicación y el eco maligno de evaluadores perfectamente fríos, impersonales y distantes, y prohibidas, bajo pena de limbo científico, las alusiones y opiniones personales, sólo queda el esqueleto. ¿Has pensado alguna vez cuánto se parecen dos esqueletos entre sí? Ni siquiera el sexo es fácil de determinar, o la edad y no digamos ya aspectos como el estado civil, la profesión o el nivel cultural. Sólo el odontólogo podrá llegar a algunas conclusiones más o menos rápidas, aunque poco interesantes. El destino que nos aguarda -como cuerpos y como entomólogos- es descorazonadoramente homogéneo.

4) El hábito hace al monje y, de este modo, el

autor prolífico se aleja más y más del lector. Cada frase que construye -laboriosamente, para despojarla de todo personalismo-, cada palabra que elige de ese diccionario que todos nos estamos acostumbrando a utilizar y que no tendrá más de 1000 palabras diferentes, constituyen un nuevo paso en la distancia que separa al autor del lector. La barrera entre un artículo científico y otro divulgativo (es decir, asequible a un ciudadano de cultura media no especializado en el tema) es tan grande que hacen falta dos palabras diferentes para distinguirlos (científico *versus* divulgativo) y crece a tales tasas que, hoy por hoy, es necesario advertir previamente al autor y/o al lector de para que revista es el artículo o en que revista debe buscarlo.

5) No es necesario saber escribir para publicar. La cuestión no tendría mayor importancia, sino fuera por que la escritura es el medio utilizado por el autor para *comunicarse*. Un uso defectuoso o incorrecto de la escritura (se escribe para publicar, no para comunicar) implica -en el fondo- que el mensaje comunicado es recibido con *interferencias* (es incomprensible) o, sencillamente, que *no llega* al destinatario. ¿Es ésto importante? En general, puede decirse que no. El trabajo del autor finaliza cuando se publica el artículo y suele ser intrascendente que llegue, o no, a alguien. Por increíble que parezca, este aspecto carece, básicamente, de importancia. De hecho, las separatas son seguramente un medio de comunicación mucho más eficaz que los propios artículos.

Creo que podría seguir un buen rato con esta lista de *consecuencias* del 'frío, impersonal y distante', pero no tendría mucho sentido salvo para aquellos autores a los que les hayan rechazado un trabajo por no reunir estos requisitos. Además, la ciencia es como es; tiene sus métodos, sus fórmulas y sus hábitos (aunque se tienda a exagerarlos). Sin embargo, no siempre ha sido así. En los párrafos que siguen he recopilado algunas muestras de cómo no debe redactarse un trabajo entomológico. No es difícil encontrar cientos de ejemplos parecidos; es suficiente con rebuscar en el armario del abuelo (si era entomólogo) o acudir a cualquier biblioteca y echar un vistazo a cualquier revista de hace unas décadas. A mí

me resultan, como mínimo, divertidos y entrañables; pero ya se sabe que sobre *literatura* (no científica) cada cual es muy libre de tener sus gustos.

F. Cardona y Orfila, allá por 1872, en la introducción a su *Catálogo metódico de los coleópteros de Menorca*, publicado en Mahón, no tuvo problemas en compatibilizar su condición de eclesiástico con su apasionada afición a la Entomología y, puede decirse, a la prosa rimbombante:

Consagrado, por el carácter de eclesiástico, que tan sin méritos revisto, al divino estudio y a la civilizadora enseñanza de las maravillas sobrenaturales de la Redención, quise dedicar los pocos ratos, que esa mi carrera y las cátedras, en el consabido Establecimiento literario, me dejasen libres, a la deliciosa contemplación de los portentos no menos admirables sembrados en la Creación visible, con que el soberano, bondadoso y pródigo Autor de ambas recrea constantemente nuestros sentidos y arroba nuestras almas.

Mi objeto único fue el de ensayarme a repetir, por deleitable afición, este grito entusiasta, que daba ya a todas horas por deber grato, del sabio y santo Poeta-Rey: ¡Quàm magnificata sunt opera tua, Domine! omnia in sapientia fecisti... Animalia pusilla cum magnis...

¡Cuán magníficas son tus obras, Señor!

Todas las hiciste con sabiduría...

Los animales pequeños y los grandes...

Otro eclesiástico -la Iglesia católica ha escrito miles de páginas gloriosas de nuestras Entomología-, Longinos Navás, en su *Manual del Entomólogo* (Barcelona, 1914), mantiene opiniones muy próximas que pertenecen más al ámbito de la moralidad que de la ciencia:

Son grandes y continuos los encantos que ofrece la Entomología al naturalista.

Estas ocupaciones no menos que al cuerpo sanean el espíritu. Para un joven es ocupación en alto grado moralizadora la de la Entomología. Encuentra sus encantos en ocupaciones inocentes, pasa largas horas sin sentir en el trabajo de campo y de gabinete, y su espíritu, preocupado por las cazas y colecciones y templado por el ejercicio de la ciencia, está lejos de ser arrebatado por la corriente de los vicios.

Los jóvenes de principios de siglo fueron objeto de considerables reprimendas por parte de los entomólogos 'mayores', que no se privaron de decirles 'de todo':

Ojalá se convengan y reconozcan los jóvenes de posición que Dios no les ha concedido sus dones para que los desperdicien y prostituyan, sino para que los aprovechen y honren; que se debe cultivar la inteligencia con el estudio; que con la contemplación razonada y científica de las plantas y seres que pueblan el Universo, se encuentran medios nobles al par que higiénicos con que ejercer la actividad y el vigor, y que el tiempo que se pasa en fútiles entretenimientos queda perdido irremisiblemente sin provecho alguno para el individuo ni para la sociedad.

Son palabras de Don Miguel Cuní y Martorell (1896.-Fauna entomológica de la Villa de Calella

(Cataluña, provincia de Barcelona). *Anales de Historia Natural*, 281-337), quien no perdió ocasión para adornar sus artículos faunísticos (sí, faunísticos) con opiniones sobre éste y otros asuntos tan delicados como el siguiente:

*...¿No es vergonzoso, que los extranjeros hayan de venir a descubrir y enseñarnos los insectos interesantes que habitan en nuestras comarcas y que no seamos nosotros mismos, los que tal hagamos? Si aquéllos distinguidos naturalistas extranjeros abandonan las comodidades de su hogar y sufren las molestias y contrariedades que halla toda persona que recorre países desconocidos, ¿porqué nosotros que podríamos hacerlo sin separarnos del lado de nuestra familia, no nos dedicamos a cazar un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, para de esa manera paulatinamente, sin darnos apenas cuenta llegar a formar de un modo completo la fauna de la comarca? ¿Son muchos los que así obran? No por desgracia; y eso, que existen docenas de jóvenes bien instruidos, que pierden lastimosamente el tiempo, sin dedicarse a cosa alguna de provecho; que habiéndoles Dios dotado de medios de fortuna, podrían corresponderle en prueba de gratitud, dedicándose durante las temporadas que viven en el campo, a la entomología o a la botánica, descubriendo las maravillas naturales, creadas por aquel gran Ser a quien todo lo debemos. (1902.-Una excursión sin salir de casa. *Bol. Soc. Aragonesa Ciencias Naturales*, 1: 152-154).*

Junto a la obsesión por los jóvenes -más proclives a la apatía o el vicio que al estudio de las ciencias naturales-, y el consabido ejercicio de adulación a las potencias celestiales, es recurrente la aparición de menciones a la labor realizada por extranjeros en una Naturaleza que se considera propia, tesoro exclusivo, y, por tanto, a pesar de los hipócritas 'distinguidos', invadida. La presentación de nuestro insigne predecesor *Boletín de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales* (1902: 1: 1-3) firmada por Juan Moneva y Puyol contiene una muestra de auténtico nacionalismo aragonés a la par que una declaración de guerra:

Aragón quiere entrar en este movimiento: si es deber moral del individuo estudioso comenzar conociéndose a sí mismo, y no merece nombre de culto quien es conocido por los demás antes que por sí, también a los pueblos alcanza el precepto clásico; Aragón quiere conocerse a sí propio; Aragón, que no se dejó invadir por las armas injustas de musulmanes ni de franceses, tampoco quiere dar lugar a que nadie de fuera tenga que venir a estudiar lo que hay dentro de su territorio, porque los nativos y residentes en él no sepan cumplir esta misión.

Y termina en el mismo tono beligerante:

Nuestro oficio es muy ajeno al aparato belicoso; pero ya que la vida del hombre sobre la tierra es como una milicia, recibámos por bueno este símil y dispongámonos a contestar debidamente las voces de ordenanza:

-¿Quién vive?

-Ciencia española.

-¿Qué gente?

-Aragoneses que estudian su país.

¿A quién habrá de extrañar pues que nuestro actual *Boletín* sea como es? ¿no nos debemos acaso al mandato de nuestros ilustres antecesores y a la gloria que supieron alcanzar? ¿No serán esos genes belicosos los que, cual Fénix renacido, se expresan en nuestras páginas, en nuestras formas y maneras? ¿No firmaríamos estos pensamientos y objetivos? Yo, aunque rebajando un poquito la pompa retórica, sí:

Para esto se ha formado nuestra Sociedad; para esto se publicará nuestro BOLETIN; ajenos a polémicas, sin aspirar a vanos dogmatismos, pensando más en enriquecer con datos la Historia natural que en el vano fantasear de teorías y de hipótesis mal fundadas, queremos dedicarnos a estudiar en Aragón, la Naturaleza, que es el mejor patrimonio de un pueblo...

...sea el trabajo nuestro en bien de esta tierra, para la cual haremos el inventario de sus tesoros naturales; sea una contribución a pro de la Ciencia española y de la Ciencia universal, para quienes hemos de allegar investigaciones nuevas; y salgan de nuestra labor y de otras que la sucedan y aventajen, como hermosas eflorescencias de la Naturaleza misma, riqueza y bienestar para todos los hombres.

Secándome una lágrima traicionera que se escapa por la emoción (soy un romántico), pasemos página antes de que cite a Agustina de Aragón en un arranque patriótico. Pero la belicosidad y genio de nuestros predecesores tuvo otras dianas a las que disparar sus dardos. Ni científicos ni civiles salen bien parados:

Un sabio naturalista español se condolía, en ocasión solemne de su vida académica, de que los profesionales de las ciencias de la Naturaleza, en España, no lograran al fin interesar al público en sus observaciones científicas sobre los seres naturales, para llegar a crear una verdadera tradición naturalista, con arraigo en la masa de nuestro país. Por desgracia, es cierto que en gran parte se pierde el caudal educador de nuestras ciencias, por no estar preparado el pueblo para hacer uso del tesoro aleccionador de aquéllas. A qué naturalista español no le habrá ocurrido salir al campo para recolectar ejemplares de estudio o realizar observaciones y tropezar con el desdén, la burla, cuando no con la agresividad de campesinos y puebleros. Sobre todo, cuando lo que se observa o recolecta son insectos, es casi seguro que alguna de esas vivientes figuras rupestres del agro español, se acerque, despaciosamente, al naturalista y le diga, con dejo zumbón: -'¿Qué hace usted ahí? ¿Cogiendo bichos, eh?' -'Sí; para estudio'. -'Pues no tiene usted mal trabajo hasta que estudie todos los bichos que hay por el mundo'. El que nos lo decía pertenecía a la fauna rurícola de Castilla, y, por su aspecto, debía hallarse incluído en el grupo taxonómico, tan abundante, de los 'bichos'.

Es Ismael del Pan (1946: 'Azorín', naturalista. *Bol. R. Soc. esp. Hist. Nat.*, t. XLIV(1-2): 123-151) y como puede verse no se corta un pelo en llamar puebleros, fauna rurícola o 'bicho' al hombre de la calle, al pueblo. Mas obsérvese que previamente ha nombrado al que considera culpable de esta situación: los profesionales de la ciencia que no logran interesar

al público en sus estudios y, por si quedan dudas, continúa:

No es, sin embargo, imputable a la idiosincrasia de la masa popular española el desdén y falta de interés por la observación de los seres y fenómenos de la Naturaleza. Es falta de cultura, en el sentido de cultivar, por quienes corresponda, en dicho complejo social, la afición a observar y mirar, con cariño, las bellezas y maravillas de la Creación. Sublime es el trabajo metódico y callado de la investigación naturalista en el laboratorio y en el campo; magnificente es elaborar ciencia para el progreso de la Humanidad, y altruista el intercambio de lo investigado en correctas publicaciones científicas, entre los sabios españoles y los de otros países, con sus doctas corporaciones científicas; pero es también de importancia capital el educar al pueblo, aportándole, en forma asequible y amena, los elementos de cultura, fundamentales, más aleccionadores de nuestras ciencias.

Mas haya consuelo para todos, incluidos los que jamás publicarán un artículo ni se verán obligados a vérselas con el lenguaje oficial de la ciencia entomológica. Nuestros clásicos supieron valorar una faceta desprestigiada y romántica de la Entomología:

*Concluiré ofreciendo, antes de pasar a la enumeración de especies, trabajar mientras conserve mis fuerzas, para contribuir a despertar entre mis conciudadanos la afición a la Entomología. Si por desgracia no se realizara esa aspiración nuestra, aun así no dejaríamos de considerarnos suficientemente recompensados de todas nuestras fatigas y esfuerzos, con los goces puros que la contemplación de las maravillas de la Naturaleza nos ha proporcionado y con el beneficio moral que hemos obtenido del conocimiento de las admirables armonías que existen en los tres reinos, pues nos ha demostrado mejor la bondad infinita de Dios y nos ha inclinado a amarle con más fervor. (Miguel Cuní y Martorell, 1888: Insectos observados en los alrededores de Barcelona. *Anales de Historia Natural*: 133-191.)*

Pero vayamos más lejos en el tiempo y en el espacio. Claudio Eliano (175-235), uno de los primeros zoólogos de los que tenemos noticia, puede pasar por ser, al tiempo, uno de los científicos menos respetuosos con sus lectores. Según la edición prologada por un autor de tanto prestigio literario como Jorge Luis Borges (1987, Ed. Orbis, Barcelona), dice en su Libro XVII (19), tras anunciar que va a contar un hecho ligeramente fabuloso sobre los gálatas orientales y sus métodos para ahuyentar a las langostas: '*...el que escuche puede creerlo o no, según le parezca cosa digan de ser creída, pero, si no lo cree, que al menos preste atención...*'. Eliano, con una soberbia un tanto indigna de quien pocas líneas antes refiere los peligros para la piel humana de contemplar un sapo o como los chorlitos curan la ictericia a través de la mirada, ordena a los lectores que atiendan y guarden la debida compostura ante el inminente dato científico. Es cierto que existe al menos otra traducción del fragmento ('*...y si a alguien le parece digno de crédito, créalo; pero si no, que no preste atención*'). 1984. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 2 vols.) y que ésta no puede ser más diferente. He de confesar que, sin conocer el texto

original, me parece mucho más creíble la segunda versión. Eliano, con frecuencia, narró hechos que incluso a él debieron parecerle totalmente fabulosos o inventados. No es extraño a lo largo de su *Historia Animalium* que aparezcan frases o palabras con las que intenta salvaguardar su prestigio ('*Me han dicho...*', '*...esto es algo que oí decir*', etc.), aunque después refiera, con absoluta naturalidad y sin asomo de duda, que los elefantes viven 300 años o que las babosas son caracoles que salen temporalmente de sus conchas para engañar a las garzas, que estúpidamente se dedican a vigilar las conchas vacías mientras éstos se sacian de hierba. A pesar de todo, la primera posibilidad me parece mucho más atractiva que la segunda. Creo que el científico tiene algunos derechos. El esfuerzo que ha debido acometer para dar a la imprenta un fragmento de saber, aunque éste no sea algo extraordinario o suponga un gran avance en la disciplina científica que le ocupa, merece un respeto. Incluso si su trabajo no es correcto, sus hipótesis están equivocadas o existen errores que invalidan sus conclusiones... es acreedor de una cierta consideración. Por supuesto, no estoy defendiendo los malos trabajos; lo que defiendo es el esfuerzo que se oculta detrás de ese trabajo, cualquiera que sean los resultados. Pero no quiero seguir en esta línea o tendremos que hacer examen de conciencia del que, sinceramente, no creo que podamos salir demasiado bien parados. Reconozcamos, sencillamente, que solemos ser excesivamente críticos con los trabajos de los demás e íntima y/o públicamente trascendentes con nuestras propias aportaciones (a menudo, cuestiones menores disfrazadas de tal grado de formalidad y pomposidad que, con frecuencia, terminamos por autoconvencernos de su importancia. ¡Somos humanos!)

Por ello me agrada la primera traducción de Eliano. Denota altivez, arrogancia, tal vez desprecio por el lector... pero es un romano que pasó su vida consultando libros y legajos, recopilando información de viajeros y mercaderes (pues Eliano nunca salió de Italia), recogiendo mitos, datos y rumores de todo

aquello que tuviera relación con los animales. Es un presuntuoso, sí, pero tiene derecho a serlo frente a un lector cuyo único mérito es tener en sus manos una copia del manuscrito. Eliano fue un mal zoólogo, pero fue valiente -me gusta pensar-, pues pocos son los que se atreverían a decirle a sus lectores, aunque sólo sea a través de una mala traducción: aquí está mi obra; guardad la debida compostura ante ella, pues ella es importante y nada vale lo que vosotros podáis pensar o creer, mamarrachos del demonio (o algo parecido). ¡Sublime! ¿Cuántos de nosotros no han sentido -al menos en alguna ocasión- algo similar cuando tras la publicación de un artículo que nos parecía especialmente importante sólo el silencio y la apatía responde o, peor aún, sólo el rumor de la crítica despiadada se hace notar? Por supuesto, *a nadie le ha pasado esto nunca*. Era sólo una hipótesis.

Del *Historia Animalium* hoy diría un evaluador cualquiera que resulta impublicable. Respecto al contenido, no tendríamos otro remedio que compartir su criterio. Lo de las babosas supera seguramente el límite de lo científicamente aceptable. Respecto a la forma, el evaluador criticaría especialmente el tono personalista del discurso, impropio de un trabajo científico, que, como ya sabemos, debe ser, siempre, frío, impersonal y distante.

Agradecimientos:

Curiosamente, ésta es la única sección de un artículo entomológico en la que se permite que el autor efectue algunas consideraciones de carácter estrictamente personal. Yo (palabra imposible de utilizar en un artículo) quiero aprovechar para agradecer a mis amigos Ignacio Ribera y José Ignacio López Colón el envío de algunas de las joyas literarias que figuran en esta nota. Saben que tengo una cierta debilidad por ellas y son buena gente; personas de las que Don Miguel Cuní y Martorell y el Padre Longinos Navás estarían orgullosos y a los que, para nada, habrían incluido en esas categorías de jóvenes fútiles, despreocupados y viciosos.

